
Palabras sin derrotero: al recordar a Constantino Reyes

ALFREDO LÓPEZ AUSTIN*

Recuerdo hoy a Constantino añorando nuestras entrañables conversaciones. Estas eran con frecuencia, como las que son más placenteras entre amigos, sin temas previstos, sin estructura cierta, sin final determinado, lo que permitía finalizarlas —que no suspenderlas— en cualquier momento. Todo quedaba, pues, al azar; ese azar que, como muchas flores, se abre de improviso en el lugar menos esperado. No en vano azar y azahar convergen etimológicamente en su prosapia andaluza. Nacían estas conversaciones, en principio, por deleite, y cumplían plenamente su función. Vayan hoy estas palabras de recuerdo trabadas por azar, sin derrotero.

Cuando el amigo ha muerto, cuando se comprueba que son muchas las huellas que dejó entrelazadas en nuestra vida, uno se pregunta sobre las causas que originaron, propiciaron, incrementaron e hicieron grata la habitual compañía del compañero perdido. ¿Cuándo conocí a Constantino? Fue hace tanto tiempo, en forma que debió de ser tan cotidiana, que mi memoria ya no precisa día ni circunstancias. “Desde siempre” sería una respuesta falsa; pero sin duda expresiva si aludiera al carácter de la relación. De seguro intervino entonces Carlos Martínez Marín, el querido y viejo amigo.

¿Por qué Constantino y yo cultivamos el afecto y por qué fueron siempre tan agradables nuestros nexos? La respuesta deriva en buena parte del propio carácter de Constantino: era por condición dado a hacer amigos, muy buenos amigos, y se complacía en establecer entre ellos redes de afectos que se tendían en su casa, al calor familiar, al menos cada año. ¿Amigo de todo el mundo? No; lo era de un grupo adecuadamente amplio. Pudiera afirmarse que seleccionaba amigos no por el afán de dejar a nadie fuera, sino por la obligación moral de cuidar la calidad del sentimiento. Tal vez juzgaba que si se abre demasiado el compás de la amistad hay el peligro de disolver el verdadero afecto. ¿Tomaba esto en cuenta? Nunca pregunté a Constantino

* Profesor emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México.



Misión de San Miguel Conca, Querétaro. Detalle de la portada del templo. Foto: Constantino Reyes-Valerio, 1961. Fototeca de la CNMH, INAH, neg. CCCLXXV-4.

8 |



Misión de San Miguel Conca, Querétaro. Detalle de la portada del templo. Foto: Constantino Reyes-Valerio, 1961. Fototeca de la CNMH, INAH, neg. CCCLXXV-9.



Misión de San Miguel Conca, Querétaro. Detalle de la portada del templo. Foto: Constantino Reyes-Valerio, 1961. Fototeca de la CNMH, INAH, neg. CCCLXXV-1.

cuáles eran las bases de sus principios; pero hoy, se me revela un tanto aristotélico, por aquella sentencia del filósofo: “Los que tienen muchos amigos y se muestran íntimos de todos pasan por no ser amigos de nadie.”¹

Sin embargo, no es suficiente tomar en cuenta el carácter de Constantino para explicar la calidez de nuestra amistad. Fui seleccionado y acepté ser uno de los seleccionados sin explicarme entonces la razón. Con frecuencia contraigo nexos por razones lúdicas. Tiendo a la polémica, y muchos de mis amigos lo son porque coincidimos en propensión, porque concordamos en reglas de juego, y porque diferimos en opiniones. No fue el caso con Constantino, dado que faltó entre nosotros la segunda condición, la que exige concordancia en el uso de los argumentos. Ambos fallamos en dos únicas ocasiones. Los puntos de discusión, aunque nimios, no recibieron de ninguno de nosotros el apoyo lógico suficiente. En la primera ocasión, Constantino sostuvo que tortilla en náhuatl debía pronunciarse tláxcalli (esdrújula), y no tlaxcalli (grave) como yo suponía. En la segunda, decretó que el tango no tenía calidad artística, y que toda opinión contraria estaba errada. Mantuvo con tal arresto sus opiniones que, por su parte, todo debate quedaba nulificado. En ambos casos, yo espeté mis criterios contrarios con igual firmeza e igual pobreza argumental, por lo cual abandonamos los temas de discusión precipitada y prudentemente, sin mayores explicaciones, como si no hubiesen surgido a la luz. Ambas conversaciones cambiaron de rumbo en un rápido, tácito y disimulado acuerdo. No estábamos hechos para discutir entre nosotros.

Si no fue una común pasión por la controversia, ¿qué nos unió? Es muy probable que influyera la similitud —toda particularidad aparte— de las vías que cada uno de nosotros siguió para llegar a coincidir en una amplia profesión que dio pleno sentido a nuestras vidas. Pudiera afirmarse sintéticamente que para alcanzar las respectivas metas anduvimos por sendos caminos equivocados; pero en términos más amables se diría que ambos buscamos en nuestras carreras aquellos resquicios por los que nuestras inclinaciones pudieran expresarse en forma más satisfactoria. Constantino era un químico que incursionó en la fotografía, en la historia colonial, en el estudio del arte, en la tecnología del pasado, en las formas de expresión indígena. Por mi parte, y abreviando el relato, diré que fui abogado. Nos encontramos en el ejercicio de actividades demasiado diversas a la oficialidad de nuestros títulos, incursionando con frecuencia, simultáneamente, en dos o más campos académicos.

Para los amantes de la especialidad encajonada, de la definición exacta y absoluta de las disciplinas científicas, de la delimitación estanca de la práctica profesional y de la justeza de la certificación académica, éramos practicantes foráneos de actividades imprecisas, difícilmente etiquetables. Los estudios posteriores, con sus correspondientes certificaciones universitarias, no lavaron del todo nuestra original extranjería.

¹ Aristóteles, *Moral, a Nicómaco*, Libro IX, cap. X.

Nos unió, pues, la empatía de los forasteros permanentes, con todas las ventajas y desventajas de tal condición.

El manejo de un vocabulario de términos heterogéneos, nacido del constante paso de un campo de la ciencia a otro, tiene aspectos tanto positivos como negativos. Colocados en la interdisciplinariedad crónica, los forasteros permanentes hemos de convertirnos, más que en políglotas, en usuarios de las jergas de los diversos oficios. Se amplía así la comunicación entre colegas; pero el dominio lingüístico de la jerga profesional no es fácil ni para los propios especialistas, y con la multiplicación del léxico hay el peligro de aproximarse a las figuras de algunos personajes de Umberto Eco —Salvatore, el Baudolino púber— cuyos discursos eran intuitos por todos y cabalmente entendidos por ninguno.

Pese a todo, predomina en los forasteros crónicos una gran virtud: podemos entender muy claramente la necesidad de que las ciencias del hombre construyan una pirámide jerárquica que tenga como base el ejercicio de la especialización extrema y como cúspide —en el nivel más abstracto y comprensivo— una ciencia holística que enfoque el aspecto social del ser humano. Si en el concierto de las diversas ciencias nos llamamos historiadores, antropólogos, arqueólogos, etnólogos, etnógrafos, lingüistas, sociólogos..., debemos reconocer que es necesaria la cobertura de una ciencia madre que pudiera denominarse historia o antropología o ciencia social o, usando el plural, ciencias del hombre.

10 | En varias ocasiones he propuesto que esta ciencia se llame historia,² dando al término, como podrá suponerse, un sentido suficientemente amplio. Creo que la propuesta es acertada, pero no política. En numerosas ocasiones ha provocado injustos desabrimientos entre los especialistas, que han visto en ella el propósito de “subordinar” el resto de las disciplinas a la mía propia. Pero no poseo tan infantiles intenciones, ni es mi afán constituir categorías de gremios, sino contribuir a la estructuración del conocimiento. Defiendo, en cambio, que cualquier producto social sólo adquiere su verdadera dimensión cuando es referido a la sociedad en su conjunto. Por ello tiene que ser estudiado en una primera y en una definitiva instancia por esa ciencia holística que debiera tener por objeto, como dijera Vilar, “la dinámica de las sociedades humanas”.³ Más allá de las etiquetas aplicables a dicha ciencia, estarían su objeto y su función: el objeto, los procesos de transformación de las sociedades humanas desde la perspectiva de su diversidad; la función, permitir que —remontando la especificidad de los enfoques, los métodos y las técnicas— las ciencias y las disciplinas particulares se intercomunicuen para abarcar congruentemente a las sociedades humanas desde los innumerables ángulos de la observación científica.

² He tomado la demonimación de la clásica propuesta de Marx y Engels en *La ideología alemana*, trad. de Wenceslao Roces, México, Grijalbo, 1987 [textos suprimidos], p. 676.

³ Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, 3a. ed., Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1981, p. 43.

Mucho nos hubiera agradado a Constantino y a mí divagar sobre las razones que fortalecieron nuestra amistad, incluida entre ellas la empatía de forasteros crónicos. Hubiéramos intercambiado las experiencias de nuestras incursiones en los ámbitos académicos supuestamente ajenos, y hubiéramos elucubrado sobre la ciencia madre. La ocasión no surgió; pero otras ocasiones dieron pie a muchas diversas cuestiones que alcanzaron plenamente los valores de las charlas placenteras. ¿Y la ciencia madre? Pudiera abundarse sobre el tema; pero todo discurso sin derroteros tiene la ventaja de contar con un punto final intempestivo, y sin derrotero recuerdo mi entrañable amistad con Constantino.



Misión de San Miguel Concá, Querétaro. Pila bautismal. Foto: Constantino Reyes-Valerio, 1961. Fototeca de la CNMH, INAH, neg. CCCLXXV-12.



Misión de Santa María de la Purísima Concepción del Agua de Landa, Querétaro. Vista general. Foto: Constantino Reyes-Valerio, 1961. Fototeca de la CNMH, INAH, neg. CCCLXXVI-38.



Misión de Santa María de Landa, Querétaro. Primer cuerpo de la portada. Foto: Constantino Reyes-Valerio, 1961. Fototeca de la CNMH, INAH, neg. CCCLXXV-23.

12 |



Misión de Santa María de Landa, Querétaro. Detalle de la portada. Foto: Constantino Reyes-Valerio, 1961. Fototeca de la CNMH, INAH, neg. CCCLXXVI-45.